

Me despertó una extraña sensación de soledad y un picor inusual en la espalda.

Podéis imaginar cual fue mi sorpresa al descubrir que, justo encima de mis omóplatos, dos bolas de un extraño material, suave y liso, habían nacido donde antes sólo se encontraba mi piel.

Había sido elegido.

Acepté la existencia de mis nuevas alas con una mezcla de admiración y auténtico pánico, y poco a poco aprendí a cuidarlas y arreglarlas, como una parte más de mi cuerpo. Todas las mañanas les dedicaba parte de mi tiempo, ya fuera saneándolas o pasando horas delante del espejo, admirando su vigor, su fuerza, sus ganas de crecer. A veces me daba la sensación de que formaban parte de un ente separado de mi ser, un parásito que me absorbía la fuerza vital.

Siempre me he considerado una persona vanidosa. Poco a poco fui confesando a mis amistades más íntimas mi nuevo atributo físico. Desplegaba mis alas y les preguntaba, con una sonrisa de suficiencia: “¿Qué te parecen?”. Disfrutaba con sus muecas de asombro, con sus cuchicheos envidiosos. Muchos me solían preguntar “Ahora... ¿Qué vas a hacer?” pero ya me sobraría tiempo después para preocuparme de esa cuestión. Sabía que algún día tendría que tomar esa decisión.

Una mañana gélida de febrero estaba realizando mis labores habituales de higiene alada cuando caí en la cuenta, sentado enfrente del espejo, de que mis alas ya estaban listas para aquella decisión. Lucían grandes y espléndidas, y ya habían alcanzado el diámetro necesario. Eufórico y con las alas desplegadas orgullosamente, me dirigí hacia el precipicio con paso firme.

Estaba preparado.

¿Estaba preparado?

Bajo mis pies, un inmenso y sobrecogedor abismo se extendía hasta el infinito. Mi vista no alcanzaba a ver el final. Una inestable y raída escalera subía desde el fondo de la nada hasta el peñasco donde me encontraba.

Sobre mi cabeza, miles de seres alados revoloteaban entre las nubes. Reían, jugaban, disfrutaban de su sensación de libertad. De vez en cuando, uno de ellos caía sin fuerzas, y se perdía en el inexpugnable vacío. Era un espectáculo tan maravilloso como dantesco.

El infierno y el paraíso, el bien y el mal, el alfa y el omega. Binomio.

De repente, vi como un ser alado se precipitó cerca de donde yo me hallaba.

Rápidamente, extendí mi mano y logró aferrarse a ella. Con esfuerzo, subió al peñasco. Lo había salvado de una caída y de una recuperación con peldaños no muy seguros.

-Gracias- dijo.

Sólo musitó una palabra, pero me sobrecogió la sinceridad con la que la pronunció. Me quedé absorto por un segundo admirando la textura de su piel, el brillo de sus ojos, su mirada, sus alas y, sobretodo, el aura de felicidad que irradiaba. Era especial.

Me sorprendió que, instintivamente, mis alas se replegaron ante la presencia de aquel ser. Me dirigió una última mirada, como si sospechara algo de mi condición alada, y con una sonrisa en los labios y de un enérgico salto, volvió a su hábitat natural.

Mientras lo veía agitar sus alas y dibujar piruetas en el aire, me invadió el deseo de saltar yo también y, agitando mis nuevas extremidades, reunirme con aquel ser y, cogiéndolo de la mano, volar juntos. Hacia una nueva vida, un nuevo amanecer.

Pero no pude.

Me quedé allí plantado, con las piernas temblando.

¿Y si no era capaz? ¿Y si no daba la talla?

¿Y si mis alas no eran lo suficientemente fuertes?

¿Y si caía sin remedio hacia el abismo, sin la compañía de mi nuevo amigo?

Y así, día tras día, iba cada mañana al precipicio a contemplar a aquel ser, que destacaba entre todos los demás, mientras dudaba entre saltar al vacío o no. Entre optar a la maravillosa sensación de sentir el viento cortando mi cara, con la posibilidad de caer a un vacío sin final, y acariciar el firme, seguro y aburrido suelo. La caída desde el suelo no es grande. Pero... ¿merecía la pena vivir limitado por las invisibles cadenas de la madre Tierra?

Y así, mi rutina estaba marcada por la visita diaria al risco y mi debate interno, cuando recibí una inesperada visita.

Un joven se había sentado allí conmigo. Me devolvió la mirada, llena de comprensión. No medió palabra conmigo, pero parecía decir “¿Te vienes?”

Me extendió un brazo, pero no se lo cogí.

Encogió los hombros y, sin pensárselo dos veces, ni tres, ni cuatro... saltó.

Al principio parecía que sus alas le fallaban. Pero justo cuando su cuerpo comenzaba a descender, dio un fuerte aletazo y se elevó bruscamente.

Y, en los cielos, el misterioso ser alado lo esperaba con una sonrisa en los labios. Se cogieron las manos y echaron a volar, lejos, muy lejos. Hasta que sólo quedó de ellos un minúsculo punto en mi retina.

Con lágrimas en los ojos, volví a mi casa. Encontré en el cajón unas grandes tijeras negras. Esta vez no había en mí ningún rastro de duda. De un fuerte tijeretazo, mi ala, ya inerte, cayó al suelo con un golpe seco.

Un aullido de dolor se escuchó en los alrededores.

A la mañana siguiente descubrí para mi asombro que no sólo mi empeño de dejar de ser alado había fracasado, sino que ahora poseía unas alas más fuertes y grandes.

Una rabia incontrolable se apoderó de mí y, a bocado limpio, desgarré mis alas hasta que sólo quedó un amasijo de plumas y carne, que corté con las tijeras. Pero era inútil. Cada vez que las cortaba, a la mañana siguiente allí estaban, desafiantes y virilmente orgullosas.

Comprendí que, por más que me negara, el instinto de mi cuerpo de volar era irrefrenable. Así que sólo podía hacer una cosa.

Con sumo cuidado, las doblé suavemente, una pluma encima de otra, hasta que cupieron en la palma de mi mano. Y las guardé en un rincón de mi corazón.

La gente me miraba al pasar y me preguntaba “Pero... ¿qué fue de tus alas?” “Desaparecieron” contestaba yo, con una enigmática sonrisa, porque yo era consciente de que, por mucho que engañara, por mucho que intentara engañarme a mí mismo, las alas seguían estando dentro de mí y no lo podía evitar.

Y, a veces, cuando el ser alado bajaba de los cielos para conversar conmigo, una caprichosa pluma se escapaba de su cárcel y revoloteaba sobre nuestras cabezas, pero mis reflejos la capturaban antes de que mi acompañante sospechara nada. Cuando levantaba el vuelo y se reunía con su pareja, aquel joven que sí se había atrevido a saltar, una lágrima mojaba el risco donde cada mañana me sentaba a contemplar el firmamento y sus habitantes. Pero me consolaba saber que, si no

hubiera sido capaz, no podría tener un contacto con el ser que me iluminaba, que hacía mi vida tan llevadera y a la vez tan tortuosa.

Y así fue como pasé de unas alas desplegadas, egocéntricas y poderosas, a rehusar de ese don, de esa bendición por... sentido común, lo llaman unos. Cobardía, lo llaman otros.

Espero que tú, lector, seas consciente de que si alguna mañana te despiertas con plumas en los omóplatos, tarde o temprano tendrás que enfrentarte a la decisión de quedarte en tierra firme, disfrutando de una estabilidad segura, o volar, y disfrutar de la libertad. Efímera e inestable, pero libertad al fin y al cabo.

Tú ya conoces cuál fue mi elección. Tengo a la seguridad por compañía, para bien o para mal. A veces me arrepiento, a veces una oscura sensación de superioridad me invade cuando llegan a mis brazos voladores estrellados, que se atrevieron a volar y no pudieron. Pero también debes ser consciente que si no saltas, vivirás con la duda de si eres capaz... o incapaz.

Ahora te toca a ti.

¿Saltas?

